

Madre de los Dolores

Hay dolores sensibles que afectan a la parte física de nuestro ser, y dolores espirituales, que son los más intensos y durables porque impresionan, o mejor, hieren de un modo directo el alma que es nuestro más noble elemento.

Los dolores experimentados por María durante la vida, pasión y muerte del Redentor fueron de esta última clase; y por lo mismo que los producía el martirio de una Víctima sagrada e inocente, y los sufría una Madre escogida y virginal, fueron tan profundos que son insondables, tan extensos que no tienen límites, tan grandes y acerbos que con los de ninguna otra criatura humana se pueden comparar.

«No hoy dolor semejante a mi dolor», exclama entristecida la Ciudad santa, por boca de un profeta vidente que presentía la catástrofe de su fin que se acercaba, y hacia un extremo llamamiento a todos para que no abandonaran los caminos de Israel; y estas mismas son las palabras de la afligida reina del hogar de Nazareth, para expresar la magnitud de sus sufrimientos, pues como Virgen de exquisita espiritualidad, como Esposa y como Madre de indecible amor, padeció todas las congojas, todas las amarguras, todas las afrentas que veía en su Creador, en su Esposo y en su divino Hijo, y todos los desconsoles que sobre su alma acudían desde la traición de Judas a la cobarde negación de Pedro, la protervidad del pueblo deicida, y la espantosa soledad que en todas partes sentía.

Mas nadie nos cuenta que exhalará la más débil queja de adversidad o que elevará la más pequeño protesta de su infortunio, sino que para enseñarnos cuando se ha de usar de la resignación sufrió puramente con el espíritu y su llanto y sus lágrimas fueran la humildad y el más augusto

silencio, acatando la voluntad del Eterno.

Por eso, la mística escena de su aposento de Nazareth la dispuso para que ocupara el puesto más preeminente entre todos los seres de la Creación; el nacimiento del Hijo de Dios en Belén la exaltó a la dignidad de Esposa del Eterno, y sus lágrimas, padecimientos y sinsabores en Jerusalén y al pie de la Cruz en el Calvario, la la confirmaran como Reina de los cielos, égida de la humanidad y Madre de los Dolores!

ELEUTERIO NULA Y GRUESO.

LA CARIDAD

Un ángel que adornó el cielo de la humildad con las galas, batiendo alegre las alas vino al mundo en rauda vuelo. Do quiere reina el desconuelo acude con ansiedad, y admirando su bondad le intitulan a porfia: la altivez, Filantropía, la modestia, Caridad.

¡Caridad! Nombre bendito que en prenda de puro amor, con su sangre el Redentor dejó en el Gólgota escrito. Su poderio infinito alza del polvo al mortal; y el influjo celestial de sus sacrosantas leyes une súbditos y reyes en abrazo fraternal.

Ella al huérfano inocente tiende compasiva mano, y asilo ofrece al anciano y limosna al indigente. Ella para el delincuente perdón se afana en pedir, y, si no logra rendir su ruego el fallo cruel del cadalso hasta el dintel consuela al que va a morir.

Si la homicida metralla en la lid siembra la muerte, convirtiéndolo en polvo inerte de heroicos pechos la valis; el fragor de la batalla a la caridad no aterra y haciendo guerra a la guerra

con la Cruz Roja aparece y puro consuelo ofrece al que yace herido en tierra.

Vosotras que os embriagáis ¡oh madres! en dulce o-ima, cuando el alma de vuestra alma en vuestros brazos miráis; si el ¡ay! doliente escucháis del huérfano sin consuelo, socorred su amargo duelo calmad su acerba agonía, y llorará de alegría su pobre madre en el cielo.

¡Gloria a tí sublime don! caridad ¡bendita seas! y ¡benditas las preces que brindas al corazón! La limosna y la oración te ofrecen placer profundo; por tu poder sin segundo vamos de la gloria en pos, que eres imagen de Dios y redentora del mundo.

CARLOS CANO.

Los juegos prohibidos

Ha vuelto a ponerse sobre el tapete esta cuestión.

La tolerancia que en estos tiempos hay para este vicio, para esa plaga social, es mayor que nunca.

So pret xto de la Beneficencia, se están arruinando muchas familias y enriqueciéndose unos cuantos explotadores de las pasiones y de los vicios humanos.

Ya van saliendo a la calle y presentándose sin recato en los Cuerpos Colegisladores los que sostienen la inmoral teoría de que lo que no puede extirparse hay que reglamentarlo.

Pues bien: nosotros protestamos contra semejante propósito, porque es un vicio que pueda corregirse, si se quiere.

De aquí y de allá

La Tribuna

Encabeza con estos párrafos el artículo que dedica a defender la conveniencia de formular un presupuesto extraordinario para

el formento de la riqueza nacional:

«Es un hecho que el presupuesto que están laborando las Cortes representará para el país un paso más en el camino del desbarajuste económico»

Cientos de millones se destinan a personal; el aumento del presupuesto gravado sobre la actual capacidad contributiva del país. Nada que signifique aumento de riqueza es atendido en ese engendre de presupuesto, el más nocivo de cuantos se han aprobado en España. Si el aumento quedase justificado con gastos destinados a producir riqueza, el hecho tendría explicación: pero al hojear el presupuesto de todos los departamentos, sólo se ven partidas destinadas a socorro del personal, dando una prueba más de que el Estado español es sólo una gran casa de mendicantes»

El Pensamiento Español

Se congratula del restablecimiento de las relaciones de Francia con el Vaticano, y después de recordar la campaña antiorristiana seguida por la República francesa, dice:

«La masonería realizó su obra al amparo de un Gobierno impío, que ella fabricó en sus antros. Y Francia habrá podido ver que es el mundo no se siguió el ejemplo que daban los poltrones franceses, y que, hasta las naciones donde, por desgracia, no había mayoría de católicos, afirmaron cada vez más sus buenas relaciones con el sucesor de San Pedro.»

Aplaudimos el proyecto del Gobierno francés. Aunque en ese proyecto falten algunas reparaciones, que Francia debe al Santo Padre, confiamos en que, con el tiempo, se pagarán. Bueno es que se haya entrado por ese camino. Y, sobre todo, bueno es que se sepa que el mundo vuelve sus ojos a Dios y se aparta de las fanáticas ideas que tratan de imponernos falsos apóstoles, que se persiguen más que egoístas, y que llevarían el odio a las almas para conseguir nada más que la destrucción total de la sociedad.»